

Muriel no puede dormirse, y para colmo su novio seguía levantado.

Le escuchaba caminar por el salón-cocina del apartamento que compartían cerca del museo del Prado, el lugar favorito de él, que por una extraña razón era adicto al arte.

Le había contado que de pequeño, cuando había visto una pintura del siglo XVII escondida en el garaje, le había impresionado de tal manera que desde entonces observaba cada pincelada como si tuviera un infinito valor semiótico.

Pero ella, que desde pequeña había ido al psicoanalista, tenía otra teoría diferente.

Pensaba que como habían encarcelado a su padre varios años justo en la época que él atravesaba su fase edípica, se había sentido el responsable de la desgracia familiar.

Entonces, al hacerse mayor, el cuadro que envió a su padre a prisión cobró la dimensión fantasmática de un superyó.

Lo cierto es que lo suyo con la pintura le parecía una enfermedad.

Podía vivir perfectamente sin hacer otra cosa que mirar un cuadro.

Hombre, ella estaba de acuerdo en que eran bonitos, pero sin más, como podía serlo una pulsera, unos zapatos, o un vestido.

Claro que antes del invento de la fotografía aquello suponía la única manera que existía de representar e inmortalizar el presente.

Y todo el que podía, lógicamente, se hacía retratar.

Los reyes, por ejemplo, tal como mostraban los cuadros del museo del Prado, tenían trabajando a sus pintores años y años para lograr ser inmortalizados con la mayor solemnidad.

A ella esas imágenes no le parecían diferentes de las que ahora veíamos en el televisor.

Lástima que no pudiera compartir con él su pasión pictórica.

Él mantenía que la pintura era como la poesía.

Por cierto, ésa era otra cosa que ella no entendía.

Las canciones, con sus estribillos, rimas y todo eso, le parecían lo más poético que uno podía escuchar.

En ese caso también tenía la teoría de que antes de existir los discos, como no todo el mundo es capaz de cantar, la gente se conformaba con leer y aprenderse de memoria poemas románticos.

Y hablando de romanticismo, se decía, hay que ver cómo me besó Maurice.

Aquel amigo suyo, que conocía desde que eran niños pues sus padres tenían una casa en Niza justo al lado de la suya, llevaba años detrás de ella.

Recordaba que antes de empezar a salir con Manu, el otro ya le tiraba los tejos.

Pero por entonces no sólo no le gustaba, sino que le repugnaba su cuerpo regordete y blanducho.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, quizá debido a que viajaba por todo el mundo, se estaba poniendo cañón.

En el fondo sospechaba que había pedido ser trasladado a Madrid para estar cerca de ella, puesto que le parecía demasiada casualidad que le destinaran allí justo al mes de haberle dicho que vivía en esa ciudad.

Luego estaban las fiestas, una cada sábado.

Resultaba evidente que no reparaba en gastos.

Cada vez había más chicas, pero él sólo la miraba a ella.

Por una parte lo comprendía, ya que las españolas, por guapas que fueran, carecían de estilo y refinamiento, resultando tan burdas que comprendía que su amigo no deseara en absoluto a una mujer de ese tipo.

Chicas así estarían bien para liarse con ellas una noche, razonaba.

Cuanto más piensa, menos sueño tiene, como si ambos estuvieran enfrentados.